VALENZUELA

El brujo López Rega

1980, expatriación semivoluntaria en Nueva York, vacaciones en México. Esas eran mis circunstancias cuando me asaltó una pregunta: ¿por qué los argentinos, supuestamente tan alfabetizados, aggiornados, actuales, pudimos caer en manos de un brujo? José López Rega, Lopecito, el autor de libros de gualichos y hechizos y también el gestor de la Triple A y todo el horror que había llevado a nuestro país al punto donde se encontraba entonces.

La respuesta a tamaña pregunta no podía llegar por carriles racionales. De los *brumosos terrenos míticos en los que me* sumergí empezó a manar una novela. La profecía de Don Bosco: correrá un río de sangre y después vendrán veinte años de paz, desencadenó la trama. El brujo no quiere la paz, el brujo quiere perpetuar el horror, quiere el poder omnímodo. Secretamente asesora a los militares en el gobierno, un grupo de civiles se le enfrenta. El ha hecho su refugio cerca de los esteros del Iberá, él tiene tres testículos e insiste en que el del medio es su hermana embrionaria, Estrella. Embarazar a esa "hermana" y tener un hijo de sí mismo es el proyecto gracias al cual dominará el mundo.

Titulé la novela –recientemente reeditada por Planeta, México– *Cola de lagartija,* el nombre de un látigo que se usó en el siglo pasado en Corrientes para castigar a los rebeldes. Escribirla fue una experiencia muy intensa. Le di la palabra al Brujo para no condenarlo de antemano, tomé la palabra de a ratos para enfrentarlo sin demasiado éxito (los locos siempre pueden más y mejor). No necesité hacer investigación alguna, con los datos reales y mitológicos que tenía sobre el ex ministro de Bienestar Social (vaya la paradoja) me alcanzó de sobra para esta ficción donde la megalomanía crece hasta alcanzar proporciones de escándalo.

Otros protagonistas de nuestra historia reciente aparecen tras claras máscaras: el Generalísimo, la Muerta, la Presidenta. Y sobre todo afloran las ansias desmesuradas de eternizarse en el poder. Tema que ya empieza a ser recurrente, mal que nos pese. 

Presentación de L. V.

LAGA

Hablé de mi isla flotante y hablé de mi castillo en tierra –bajo tierra–. Soy así de versátil y soy dueño también de todos los paisajes.

¿Por qué volví al terruño?, me preguntan los pocos que tienen acceso a mi persona y saben de los riesgos que mi vuelta implica. Porque yo soy mi terruño, estoy –estamos, no he de olvidarla a Estrella aunque nunca la mencione en público– hecho de esta arena finísima y purísima. Soy –somos– como el cristal: de una sola pieza, y no me engaño.

Los otros, los que se supone son mis enemigos, no pueden actuar sin mí y me consultan. Usando intermediarios, dando todo tipo de rodeos, pero igual me consultan y yo les sigo el juego: me hago el que no sé y me oculto de esa gente del gobierno, sólo permito que emisarios disfrazados me encuentren, me transformo y me entrego a las metamorfosis más complejas para impedir que me encuentren permitiendo siempre que me encuentren y alentando los resultados. Me importa manejar los hilos aunque nunca aparezca mi nombre en los periódicos. He borrado mi nombre, sólo muy de vez en cuando alguien atina a llamarme don Manuel y yo no lo estimulo para nada, la opinión pública no me interesa en lo más mínimo y prefiero que crean lo que creen: que me he vuelto invisible, que me ha tragado la tierra. Oficialmente nadie puede encontrarme, ni los gendarmes, ni la policía de mi país, a pesar de que una vez fueron mis colegas y conocen mis mañas, ni Interpol ni la CIA ni el FBI ni la KGB ni ninguna de esas siglas que fueron especialmente creadas para no encontrarme.

Soy invisible por dos razones a cual más meritoria:

–Sé camuflarme bajo sus propias narices.

–Me he vuelto imprescindible para los que imparten las órdenes.

CAPITAL. NOCHE

–Te digo que es un tipo peligroso.

–Qué va. Es un pobre loco, se cree el ministro aquel de Bienestar Social ¿te acordás? hace mil años. Ese que era brujo.

–¿Se creerá realmente? ¿No lo será de veras?

–No. A ése lo liquidaron los militares enseguida del golpe. Qué lo iban a dejar salir con vida, ese tipo era una amenaza para ellos, sabía demasiado. Y a éste lo dejan pastar tranquilo, hasta le permiten hacer la payasada de pretender esconderse cuando todo el mundo sabe que anda por ahí pavoneándose por los esteros. Parece que hay quienes lo veneran y le llevan ofrendas.

–Claro, la gente del gobierno.

–Sos una exagerada, Rulitos. De acuerdo que los militares son unos animales, pero animales más o menos racionales. No se andan con brujerías.

–Las cosas que últimamente ocurren son de la más pura brujería, no me lo vas a negar.

–Esta desgracia se repite cada tanto en la historia de la humanidad. Se llama fascismo.

–No tenía por qué ocurrirnos a nosotros. Un pueblo alfabetizado, brillante, trabajador, pacífico.

–Son contingencias socio-económicas. Contra las que hay que luchar. No contra brujerías inexistentes.

–Pienso que ustedes no harían mal en darse una vueltita por los esteros. En una de esas aclaran algo. ¿Cómo es que se llama el hombre?

–Dicen que Manuel o Daniel. Un nombre común. Pero también le dicen Gurí, Eulogio, Estrella, Seisdedos, el Serruchero, Hormiga Roja.

LOS TAMBORES

No hay caso, son infradotados, no más, siempre lo he dicho. Ahora creen que me van a encontrar en los esteros. Me encuentran si yo quiero. Tengo mi propio país interior, un país de la mente donde me refugio a mi antojo y al que nadie llega. Sé que en la Capital se ha vuelto a hablar de mí y ha habido algunos trascendidos que me ubican en un punto geográfico. Que vengan a buscarme, no más. Soy un submarino de la mente, me sumerjo a voluntad, los observo con mi periscopio secreto y si se acercan puedo enloquecerlos con un redoble de tambores.

Algo serio, los tambores. Son la fuerza del mundo más allá de las fronteras. Tambores, atabaques, congas, redoblantes, bongós, tumbadoras, marugas, guaguas, güiros, tamboriles, huehuetes, tablas. Esos. Nada de bombos que, como ya lo he dicho, pertenecen a otra región de mi historia. De los tambores recibo la fuerza y les devuelvo la fuerza a los tambores, triplicada. El parche de mi piel resuena, Estrella late en pulsaciones furiosas, yo me revuelco y vibro como si las manos de diez tamborileros negros estuvieran tañéndome. Veinte manos de palmas azuladas y algo frías estimulándome con la dulce intensidad de la que sólo son capaces esas manos.

Tendré que volver. Voy a volver.

Por tres días con sus noches se preparó para el viaje y lanzó sus llamadas. Concentrándose ante su propio altar que era un gran espejo emitió ondas mentales para que vinieran a buscarlo fuera de fecha, emitió también ciertas ondas hertzianas de frecuencia privada y se puso la túnica blanca a la espera del crepúsculo.

A la hora indicada se encendió una doble hilera de falsos tacurús para señalar la pista y la avioneta aterrizó sin contratiempos.

–Voy a aprovechar para cargar la mercadería, le dijo el piloto. Vamos a tener que volar muy alto, ahí está el equipo de oxígeno por si hace falta.

–Despreocúpese. Yo *siempre* vuelo alto.

La ancha cinta del río les señaló la frontera, y a los pocos kilómetros el piloto detectó la otra pista clandestina. Un aterrizaje casi a ciegas y el Cessna volvió a cobrar altura dejándolo a él solo en medio de la selva y a una cierta distancia del terreiro.

Se vio forzado a caminar en la oscuridad creciente, siguiendo la picada en medio de la selva. La túnica blanca se le fue tiñendo con la tierra colorada y las manchas de sudor se hicieron coágulos. Quizá por eso, quizá por otras señales más secretas, al llegar al terreiro donde se desarrollaba la ceremonia de quimbanda provocó el alarido.

¡Eshú! ¡Eshú!, gritó la hija de santo ya posesa, contorsionándose bajo el enorme mantel blanco que los demás tendían a la altura del pecho.

¡Eshúuúuuu!, fue el alarido general cuando él puso su primer pie en la ronca, y aunque era más bien grito de espanto él se esponjó de gusto. Los toques de atabaque cambiaron, empezó el llamado Eshú, frenético, la hija de santo redobló sus convulsiones tratando de quitárselas a Oshalá del cuerpo. Había que hacerle lugar a Eshú aunque el turno de Eshú ya había pasado.

Qué placer para él, el ser reconocido en su aspecto más oscuro, diabólico, el ser así aclamado aunque fuera con miedo, nunca ser bienvenido.

Unas gotas de sangre empezaron a caer pesadamente sobre el blanquísimo mantel y le dibujaron flores. Nadie se preguntó de dónde vendrían las gotas, el trance se fue apoderando de todos poco a poco y hombres y mujeres se lanzaron al ruedo y comenzaron a retorcerse con el dolor del baile, a gemir como parturientas, a vibrar y a sacudirse. Y él hierático en el centro del círculo de danzantes respirando hondo y sintiéndose elevar mientras los atabaques rugen de furia y ya no se ven las manos de los batidores y el padre de santo lo nimba con el pestilente humo de su charuto. Alguien le alcanza una botella de aguardiente y él empieza a girar sobre sus talones y a rociar con aguardiente a todas las hijas de santo que bailan a su alrededor y se desmiembran. Shangó no baja, Yemanyá no baja a pesar de los llamados. Y los caballos galopan, piafan, corcovean los caballos de los santos, sin espíritu que los monte porque Eshú se ha apoderado de la fiesta y es el desenfreno.

Aquí estoy y me elevo

Me desdoblo

algo de mí se eleva por los aires mientras los bailarines abajo se desgarran yo no estoy entre ellos yo soy allá arriba un puntito de luz que brilla condescendiente y titila al compás de los tambores

soy ella, soy Estrella allá arriba y aquí abajo soy yo por encima de todos

los estrujo y bendigo

los tolero y los amo

los inundo y GRITO

grito sin que nadie me oiga. Me purifico y vivo los tiempos más remotos.

Con peso de tres pelotas nadie puede arrastrarse por la tierra sin sentirse distinto. El opa Eulogio gritó y gracias a ese grito yo fui el Otro, el señalado. ¿Quién puede reprocharme el haberme desvestido ante un opa y una niñita de 24 dedos? Ella era Seisdedos y ese mismo día se partió el embalsado y Seisdedos se me fue a la deriva. Eulogio volvió a perder el habla y a mí nunca nadie me llamó Tripeloto aunque todos supieron –me encargué bien de eso– que yo era distinto. Superior. Completo.

Para evitar preguntas abandonó al Eulogio en la desolación del embalsado y solito se fue impulsando el bote hacia donde debía estar la tierra firme. En medio de la laguna la pértiga no tocó fondo y tuvo que ponerse a remar aunque no sabía hacerlo. Giró mucho en redondo, fue su propio remolino, pasó una noche entera en medio del agua y por fin llegó al lugar donde acaban los esteros y pudo echarse a caminar, primero con el agua a la rodilla, después chapoteando en el barro y por fin en seco oh tan seco que a los tres días de marcha añoró el agua, la brillante laguna. Cuando por fin alcanzó el gran río ni le prestó atención. Sólo supo que debía cruzarlo y no precisamente a nado; reconoció su anchura, su amenaza.

Del otro lado del río, cruzada la frontera, se encontró por fin con aquel que parecía esperarlo.



COLA DE LAGARTIJA

Por Luisa Valenzuela

Hablé de mi isla flotante y hablé de mi castillo en tierra –bajo tierra–. Soy así de versátil y soy dueño también de todos los paisajes.

¿Por qué volví al terruño?, me preguntan los pocos que tienen acceso a mi persona y saben de los riesgos que mi vuelta implica. Porque yo soy mi terruño, estoy –estamos, no he de olvidarla a Estrella aunque nunca la mencione en público– hecho de esta arena finísima y purísima. Soy –somos– como el cristal: de una sola pieza, y no me engaño.

Los otros, los que se supone son mis enemigos, no pueden actuar sin mí y me consultan. Usando intermediarios, dando todo tipo de rodeos, pero igual me consultan y yo les sigo el juego: me hago el que no sé y me oculto de esa gente del gobierno, sólo permito que emisarios disfrazados me encuentren, me transformo y me entrego a las metamorfosis más complejas para impedir que me encuentren permitiendo siempre que me encuentren y alentando los resultados. Me importa manejar los hilos aunque nunca aparezca mi nombre en los periódicos. He borrado mi nombre, sólo muy de vez en cuando alguien atina a llamarme don Manuel y yo no lo estimulo para nada, la opinión pública no me interesa en lo más mínimo y prefiero que crean lo que creen: que me he vuelto invisible, que me ha tragado la tierra. Oficialmente nadie puede encontrarme, ni los gendarmes, ni la policía de mi país, a pesar de que una vez fueron mis colegas y conocen mis mañas, ni Interpol ni la CIA ni el FBI ni la KGB ni ninguna de esas siglas que fueron especialmente creadas para no encontrarme.

Soy invisible por dos razones a cual más meritoria:

–Sé camuflarme bajo sus propias narices.

–Me he vuelto imprescindible para los que imparten las órdenes.

CAPITAL. NOCHE

–Te digo que es un tipo peligroso.

–Qué va. Es un pobre loco, se cree el ministro aquel de Bienestar Social ¿te acordás? hace mil años. Ese que era brujo.

–¿Se creerá realmente? ¿No lo será de veras?

–No. A ése lo liquidaron los militares enseguida del golpe. Qué lo iban a dejar salir con vida, ese tipo era una amenaza para ellos, sabía demasiado. Y a éste lo dejan pastar tranquilo, hasta le permiten hacer la payasada de pretender esconderse cuando todo el mundo sabe que anda por ahí pavoneándose por los esteros. Parece que hay quienes lo veneran y le llevan ofrendas.

–Claro, la gente del gobierno.

–Sos una exagerada, Rulitos. De acuerdo que los militares son unos animales, pero animales más o menos racionales. No se andan con brujerías.

–Las cosas que últimamente ocurren son de la más pura brujería, no me lo vas a negar.

–Esta desgracia se repite cada tanto en la historia de la humanidad. Se llama fascismo.

–No tenía por qué ocurrirnos a nosotros. Un pueblo alfabetizado, brillante, trabajador, pacífico.

–Son contingencias socio-económicas. Contra las que hay que luchar. No contra brujerías inexistentes.

–Pienso que ustedes no harían mal en darse una vueltita por los esteros. En una de esas aclaran algo. ¿Cómo es que se llama el hombre?

–Dicen que Manuel o Daniel. Un nombre común. Pero también le dicen Gurí, Eulogio, Estrella, Seisdedos, el Serruchero, Hormiga Roja.

LOS TAMBORES

No hay caso, son infradotados, no más, siempre lo he dicho. Ahora creen que me van a encontrar en los esteros. Me encuentran si yo quiero. Tengo mi propio país interior, un país de la mente donde me refugio a mi antojo y al que nadie llega. Sé que en la Capital se ha vuelto a hablar de mí y ha habido algunos trascendidos que me ubican en un punto geográfico. Que vengan a buscarme, no más. Soy un submarino de la mente, me sumerjo a voluntad, los observo con mi periscopio secreto y si se acercan puedo enloquecerlos con un redoble de tambores.

Algo serio, los tambores. Son la fuerza del mundo más allá de las fronteras. Tambores, atabaques, congas, redoblantes, bongós, tumbadoras, marugas, guaguas, güiros, tamboriles, huehuetes, tablas. Esos. Nada de bombos que, como ya lo he dicho, pertenecen a otra región de mi historia. De los tambores recibo la fuerza y les devuelvo la fuerza a los tambores, triplicada. El parche de mi piel resuena, Estrella late en pulsaciones furiosas, yo me revuelco y vibro como si las manos de diez tamborileros negros estuvieran tañéndome. Veinte manos de palmas azuladas y algo frías estimulándome con la dulce intensidad de la que sólo son capaces esas manos.

Tendré que volver. Voy a volver.

Por tres días con sus noches se preparó para el viaje y lanzó sus llamadas. Concentrándose ante su propio altar que era un gran espejo emitió ondas mentales para que vinieran a buscarlo fuera de fecha, emitió también ciertas ondas hertzianas de frecuencia privada y se puso la túnica blanca a la espera del crepúsculo.

A la hora indicada se encendió una doble hilera de falsos tacurús para señalar la pista y la avioneta aterrizó sin contratiempos.

–Voy a aprovechar para cargar la mercadería, le dijo el piloto. Vamos a tener que volar muy alto, ahí está el equipo de oxígeno por si hace falta.

–Despreocúpese. Yo *siempre* vuelo alto.

La ancha cinta del río les señaló la frontera, y a los pocos kilómetros el piloto detectó la otra pista clandestina. Un aterrizaje casi a ciegas y el Cessna volvió a cobrar altura dejándolo a él solo en medio de la selva y a una cierta distancia del terreiro.

Se vio forzado a caminar en la oscuridad creciente, siguiendo la picada en medio de la selva. La túnica blanca se le fue tiñendo con la tierra colorada y las manchas de sudor se hicieron coágulos. Quizá por eso, quizá por otras señales más secretas, al llegar al terreiro donde se desarrollaba la ceremonia de quimbanda provocó el alarido.

¡Eshú! ¡Eshú!, gritó la hija de santo ya posesa, contorsionándose bajo el enorme mantel blanco que los demás tendían a la altura del pecho.

¡Eshúuuuuu!, fue el alarido general cuando él puso su primer pie en la ronca, y aunque era más bien grito de espanto él se esponjó de gusto. Los toques de atabaque cambiaron, empezó el llamado Eshú, frenético, la hija de santo redobló sus convulsiones tratando de quitárselas a Oshalá del cuerpo. Había que hacerle lugar a Eshú aunque el turno de Eshú ya había pasado.

Qué placer para él, el ser reconocido en su aspecto más oscuro, diabólico, el ser así aclamado aunque fuera con miedo, nunca ser bienvenido.

Unas gotas de sangre empezaron a caer pesadamente sobre el blanquísimo mantel y le dibujaron flores. Nadie se preguntó de dónde vendrían las gotas, el trance se fue apoderando de todos poco a poco y hombres y mujeres se lanzaron al ruedo y comenzaron a retorcerse con el dolor del baile, a gemir como parturientas, a vibrar y a sacudirse. Y él hierático en el centro del círculo de danzantes respirando hondo y sintiéndose elevar mientras los atabaques rugen de furia y ya no se ven las manos de los batidores y el padre de santo lo nimba con el pestilente humo de su charuto. Alguien le alcanza una botella de aguardiente y él empieza a girar sobre sus talones y a rociar con aguardiente a todas las hijas de santo que bailan a su alrededor y se desmiembran. Shangó no baja, Yemanyá no baja a pesar de los llamados. Y los caballos galopan, piafan, corcovean los caballos de los santos, sin espíritu que los monte porque Eshú se ha apoderado de la fiesta y es el desenfreno.

Aquí estoy y me elevo

Me desdoblo

algo de mí se eleva por los aires mientras los bailarines abajo se desgarran yo no estoy entre ellos yo soy allá arriba un puntito de luz que brilla condescendiente y titila al compás de los tambores

soy ella, soy Estrella allá arriba y aquí abajo soy yo por encima de todos

los estrujo y bendigo

los tolero y los amo

los inundo y GRITO

grito sin que nadie me oiga. Me purifico y vivo los tiempos más remotos.

Con peso de tres pelotas nadie puede arrastrarse por la tierra sin sentirse distinto. El opa Eulogio gritó y gracias a ese grito yo fui el Otro, el señalado. ¿Quién puede reprocharme el haberme desvestido ante un opa y una niñita de 24 dedos? Ella era Seisdedos y ese mismo día se partió el embalsado y Seisdedos se me fue a la deriva. Eulogio volvió a perder el habla y a mí nunca nadie me llamó Tripeloto aunque todos supieron –me encargué bien de eso– que yo era distinto. Superior. Completo.

Para evitar preguntas abandonó al Eulogio en la desolación del embalsado y solito se fue impulsando el bote hacia donde debía estar la tierra firme. En medio de la laguna la pértiga no tocó fondo y tuvo que ponerse a remar aunque no sabía hacerlo. Giró mucho en redondo, fue su propio remolino, pasó una noche entera en medio del agua y por fin llegó al lugar donde acaban los esteros y pudo echarse a caminar, primero con el agua a la rodilla, después chapoteando en el barro y por fin en seco oh tan seco que a los tres días de marcha añoró el agua, la brillante laguna. Cuando por fin alcanzó el gran río ni le prestó atención. Sólo supo que debía cruzarlo y no precisamente a nado; reconoció su anchura, su amenaza.

Del otro lado del río, cruzada la frontera, se encontró por fin con aquel que parecía esperarlo.

El que habría de ser maestro antes de verse degradado a la humillante condición de paria tenía en su casa un cartel que decía *Dejad que los niños vengan a mí* y él que entonces era niño se consideró llamado. Jura que nunca notó lo que estaba escrito debajo, con letra más pequeña: *de espaldas.*

Entró de frente, con la ídem bien alta y sus tres pelotas como quien dice en la mano. Las puso sobre la mesa, como quien dice, para inquirir sobre ese fenómeno.

El maestro se hincó ante él y le besó la supernumeraria. Hermana pelota, musitó, hermana, hermana. Y fue así como nuestro hombre entró en contacto con Estrella, a través del beso del maestro.

Estrella, su hermana gemela, la que en el vientre materno eligió incorporarse a él, permanecer para siempre a su abrigo.

El maestro lo inició a él en los tambores y a ella le puso un nombre: Estrella de la Mañana. Fue un bautizo lleno de emoción no limitado a sus partes pudendas que de alguna forma le colmó todo el cuerpo, lo inundó de temblores.

El maestro, impresionado por las palabras de Eulogio, lo llamó a él Manuel y lo invistió con sus primeras galas blancas, una túnica recamada en perlas y alborotada de puntillas.

–Manuel, pareces una novia, le dijo el maestro entre suspiros, y él aceptó sin vacilar el dudoso cumplido intuyendo que se trataba de su propio casamiento con la recién bautizada Estrella de la Mañana, para él Estrella de todo el día y de la noche, Estrella de la vida. Que ella te guíe, se repetiría a lo largo de los años, y ella dócilmente lo guiaría por su intrincado camino a lo largo de pantanos y de ciénagas. El maestro, sin entender muy bien que se estaba cavando su propia fosa, fue el padrino de ambos: besó al novio, a la novia y también un poquito más arriba y más abajo.

Se inició la iniciación y empezaron los rituales junto con el lento aprendizaje de recetas: la preparación de perfumes propiciatorios, el jabón de las siete potencias, los talismanes a favor y en contra del mal de ojo, las hierbas de enamorar, los inciensos para la limpia y su contracara, el pestilente ungüento para las salaciones.



Algunas recetas las aprendió demasiado bien y otras no tanto. Ciertos perfumes como el de Venus siempre le salieron volátiles y algo rancios. Pero creó novísimas fórmulas que le depararon un sitial de honor –algo tenebroso, son fórmulas oscuras– entre los iniciados del mundo entero.

La fórmula de la esencia que abre las puertas del secreto maldito fue su máxima especialidad y ésa no se la transmitió jamás a nadie, la reservó para su uso privado y algunas veces obtuvo grandes satisfacciones. Muy buenos resultados supo darle esta fórmula en vida del Generalísimo, cuando no sólo los poderes esotéricos sino también los terrenales pasaban por sus manos.

Ahora no quiero poderes terrenales, ahora estoy en otra busca y me aboco a la protección del huevo místico mientras Estrella se eleva por su cuenta y centellea, diáfana. Estrella tan mujer tan mía titila sólo para mí y sólo yo puedo verla. Por ahora nos entregamos al juego de la paciencia y trabajamos duro pero algún día obtendremos el fruto de nuestro matrimonio y será un fruto tan pero tan perfecto que no habrá necesidad de ningún otro ser en este mundo. No necesitaremos a nadie ni siquiera para tañer tambores. Los tambores son ahora y no cuando llegue el tiempo sin medida en el que seremos tres y a la vez uno, como corresponde.

Mientras tanto los tambores claman por un sacrificio y Estrella se los brinda, siempre tan abnegada, ella. Es su propia sangre menstrual la que gota a gota, rítmicamente, sigue cayendo sobre el mantel de Oshalá que era tan blanco y ya se ve cuajado de floraciones rojas. Es éste el verdadero sacrificio: gotas de una sangre que renuncia al hijo, no de esa otra sangre vulgar que con generosidad sin límite anduvimos haciendo derramar por ahí para aquietar a los dioses menores, los que interfieren: correrá un río de sangre.

El humo se vuelve más y más denso, lo enmascara todo, ya, y sólo veo unas formas blancas que siguen y siguen retorciéndose al son cada vez más frenético de los tambores, no veo las manos de los tamboreros que vuelan sobre los parches, sólo oigo las palmas que tamborean, las yemas de los dedos, sucesión de dorsos, palma, sucesión de dedos, palma, palma, para cambiar el toque, y adivino el movimiento entre el humo densísimo de los cigarros que nos hace invisibles y sin moverme me integro al movimiento, me entrego al humo. Estrella flotando y yo también flotando en dimensión distinta. Son nubes. No es más el humo de charutos, ahora son nubes que me arropan, me envuelven como velos y yo floto sin el lastre de Estrella y me voy deshilachando en éxtasis.

Por eso soy tan puro, por eso tan amado por mí.

De las formas blancas de abajo más allá de las nubes una se ha desprendido y empieza a elevarse. Se me va acercando, flotando por los aires, y no puedo dejar de reconocerla con un estremecimiento que por poco me devuelve a ras de tierra. Es ella, es la Muerta, el sueño de mi vida, la que siempre quise encontrar cara a cara en movimiento y no como de costumbre protegida por el inviolable rigor mortis. Ella, tan transparente y rubia, cada vez más radiante, se acerca y su boca palpita como si me quisiera hablar, sí, me va a hablar nada menos que a mí, el elegido, ella no se le aparece a cualquiera, ella sólo viene a mí que tanto la he invocado, su cuerpo entero casi de puro aire aspira hondo y se llena más de aire, tiembla, está a punto de transmitirme su mensaje, lo dice

–Bajá, carajo. Bajá y hacete hombre.

Esta frase la guardo para mí en lo más recóndito de mi ser, como un tesoro. No se la he repetido a nadie porque la maldad humana podría malinterpretarla. Yo conozco la esencia, la esencia es ésta:

–Te rogamos que por una vez más abandones nuestro reino divino en las alturas. Vuelve por favor con los mortales que aún te necesitan.

Ella siempre ha sido algo brutal en sus conminaciones pero nadie puede ignorar su inmensísimo caudal de dulzura. Ella es el panal y yo la abeja que el panal construye, que del panal se nutre, se multiplica en el panal y lo destroza. Por lo tanto atendí grácilmente su pedido, bajé y me volví a hacer hombre. Dejé de ser dios por otro rato. Los tambores callaron y se disipó el humo. La avioneta –una vez entregada su preciosa carga– volvió a buscarme para devolverme a mi lado habitual de la frontera.

–Disculpe, señor, hemos tenido un breve enfrentamiento con los miserables de acá. Cada tanto nos atacan para hacer ver a su gente que no están con nosotros. No ha habido bajas, claro, pero como puede apreciar con el tiroteo nos reventaron un vidrio. Vamos a tener que volar bajito. Le ruego me disculpe, señor.

–Está bien así. Es lo que corresponde, por ahora.

CAPITAL. DÍA

–Ese hombre ha vuelto a las andanzas. Creo que esta vez vamos a tener que eliminarlo.

–¿Se trata de una orden, mi general, señor Presidente, o de una expresión de deseo?

–Me temo que se trate de lo último. Hasta que no sepamos dónde ocultó esos documentos no lo vamos a poder tocar. Pero dupliquémosle la vigilancia. Me enteré de que una vez más cruzó la frontera y tuvo una entrevista secreta. Además, el Cessna en el que viajó –que iba con la carga– fue baleado.

–¿Usted cree, mi general, que les está entregando información a nuestros vecinos?

–No, imposible que tenga más información de la que nos dignamos darle. Pero igual es peligroso.

–¿Para el país?

–No. Para nosotros.

Fragmento de Cola de Lagartija (Planeta México, 1998.)

COLA DE RTIJA

Por Luisa Valenzuela

El que habría de ser maestro antes de verse degradado a la humillante condición de paria tenía en su casa un cartel que decía *Dejad que los niños vengan a mí* y él que entonces era niño se consideró llamado. Jura que nunca notó lo que estaba escrito debajo, con letra más pequeña: *de espaldas*.

Entró de frente, con la ídem bien alta y sus tres pelotas como quien dice en la mano. Las puso sobre la mesa, como quien dice, para inquirir sobre ese fenómeno.

El maestro se hincó ante él y le besó la supernumeraria. Hermana pelota, musitó, hermana, hermana. Y fue así como nuestro hombre entró en contacto con Estrella, a través del beso del maestro.

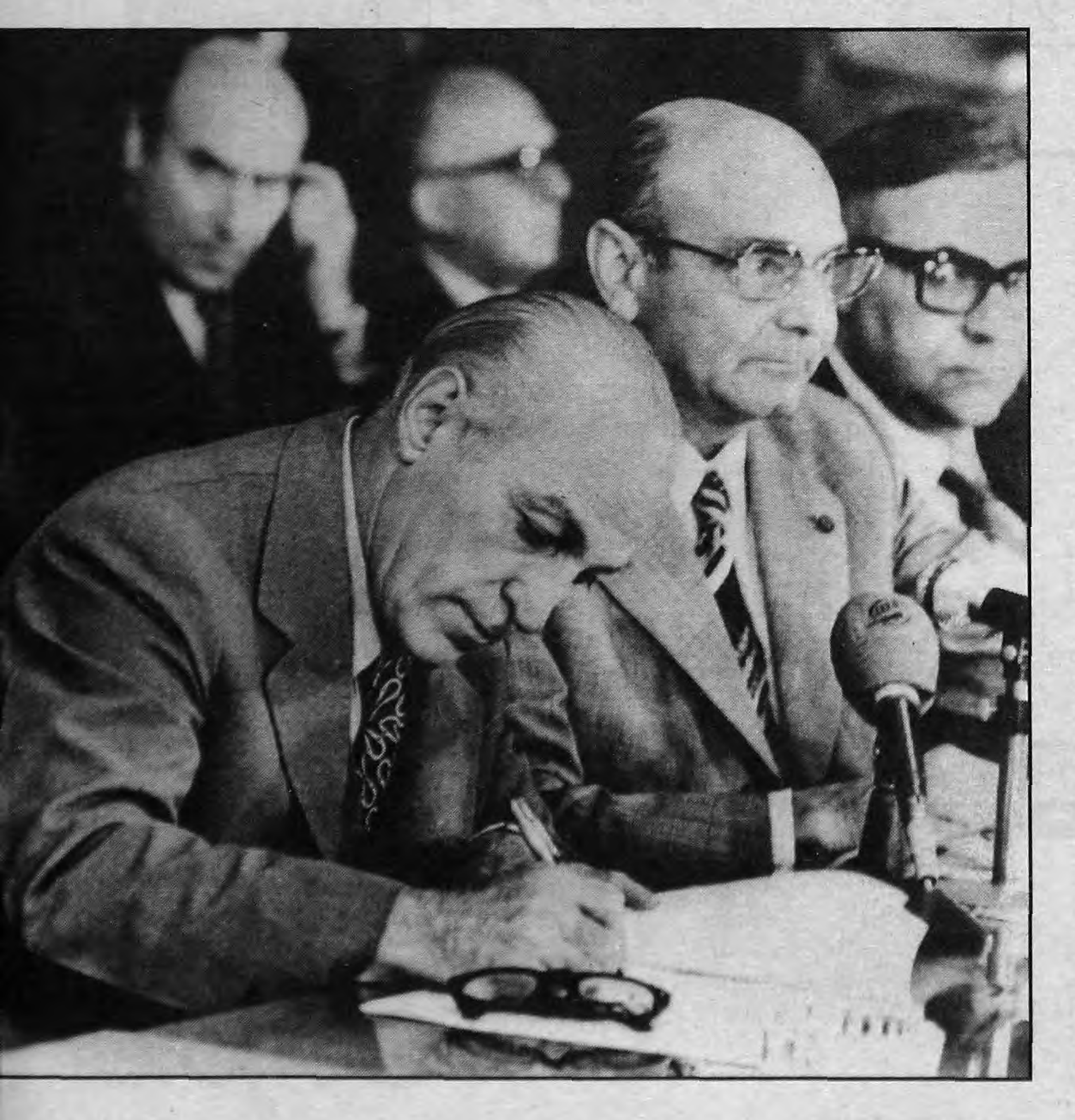
Estrella, su hermana gemela, la que en el vientre materno eligió incorporarse a él, permanecer para siempre a su abrigo.

El maestro lo inició a él en los tambores y a ella le puso un nombre: Estrella de la Mañana. Fue un bautizo lleno de emoción no limitado a sus partes pudendas que de alguna forma le colmó todo el cuerpo, lo inundó de temblores.

El maestro, impresionado por las palabras de Eulogio, lo llamó a él Manuel y lo invistió con sus primeras galas blancas, una túnica recamada en perlas y alborotada de puntillas.

–Manuel, pareces una novia, le dijo el maestro entre suspiros, y él aceptó sin vacilar el dudoso cumplido intuyendo que se trataba de su propio casamiento con la recién bautizada Estrella de la Mañana, para él Estrella de todo el día y de la noche, Estrella de la vida. Que ella te guíe, se repetiría a lo largo de los años, y ella dócilmente lo guiaría por su intrincado camino a lo largo de pantanos y de ciénagas. El maestro, sin entender muy bien que se estaba cavando su propia fosa, fue el padrino de ambos: besó al novio, a la novia y también un poquito más arriba y más abajo.

Se inició la iniciación y empezaron los rituales junto con el lento aprendizaje de recetas: la preparación de perfumes propiciatorios, el jabón de las siete potencias, los talismanes a favor y en contra del mal de ojo, las hierbas de enamorar, los inciensos para la limpia y su contracara, el pestilente ungüento para las salaciones.



Algunas recetas las aprendió demasiado bien y otras no tanto. Ciertos perfumes como el de Venus siempre le salieron volátiles y algo rancios. Pero creó novísimas fórmulas que le depararon un sitial de honor –algo tenebroso, son fórmulas oscuras– entre los iniciados del mundo entero.

La fórmula de la esencia que abre las puertas del secreto maldito fue su máxima especialidad y ésa no se la transmitió jamás a nadie, la reservó para su uso privado y algunas veces obtuvo grandes satisfacciones. Muy buenos resultados supo darle esta fórmula en vida del Generalísimo, cuando no sólo los poderes esotéricos sino también los terrenales pasaban por sus manos.

Ahora no quiero poderes terrenales, ahora estoy en otra busca y me aboco a la protección del huevo místico mientras Estrella se eleva por su cuenta y centellea, diáfana. Estrella tan mujer tan mía titila sólo para mí y sólo yo puedo verla. Por ahora nos entregamos al juego de la paciencia y trabajamos duro pero algún día obtendremos el fruto de nuestro matrimonio y será un fruto tan pero tan perfecto que no habrá necesidad de ningún otro ser en este mundo. No necesitaremos a nadie ni siquiera para tañer tambores. Los tambores son ahora y no cuando llegue el tiempo sin medida en el que seremos tres y a la vez uno, como corresponde.

Mientras tanto los tambores claman por un sacrificio y Estrella se los brinda, siempre tan abnegada, ella. Es su propia sangre menstrual la que gota a gota, rítmicamente, sigue cayendo sobre el mantel de Oshalá que era tan blanco y ya se ve cuajado de floraciones rojas. Es éste el verdadero sacrificio: gotas de una sangre que renuncia al hijo, no de esa otra sangre vulgar que con generosidad sin límite anduvimos haciendo derramar por ahí para aquietar a los dioses menores, los que interfieren: correrá un río de sangre.

El humo se vuelve más y más denso, lo enmascara todo, ya, y sólo veo unas formas blancas que siguen y siguen retorciéndose al son cada vez más frenético de los tambores, no veo las manos de los tamboreros que vuelan sobre los parches, sólo oigo las palmas que tamborean, las yemas de los dedos, sucesión de dorsos, palma, sucesión de dedos, palma, palma, para cambiar el toque, y adivino el movimiento entre el humo densísimo de los cigarros que nos hace invisibles y sin moverme me integro al movimiento, me entrego al humo. Estrella flotando y yo también flotando en dimensión distinta. Son nubes. No es más el humo de charutos, ahora son nubes que me arropan, me envuelven como velos y yo floto sin el lastre de Estrella y me voy deshilachando en éxtasis.

Por eso soy tan puro, por eso tan amado por mí.

De las formas blancas de abajo más allá de las nubes una se ha desprendido y empieza a elevarse. Se me va acercando, flotando por los aires, y no puedo dejar de reconocerla con un estremecimiento que por poco me devuelve a ras de tierra. Es ella, es la Muerta, el sueño de mi vida, la que siempre quise encontrar cara a cara en movimiento y no como de costumbre protegida por el inviolable rigor mortis. Ella, tan transparente y rubia, cada vez más radiante, se acerca y su boca palpita como si me quisiera hablar, sí, me va a hablar nada menos que a mí, el elegido, ella no se le aparece a cualquiera, ella sólo viene a mí que tanto la he invocado, su cuerpo entero casi de puro aire aspira hondo y se llena más de aire, tiembla, está a punto de transmitirme su mensaje, lo dice

–Bajá, carajo. Bajá y hacete hombre.

Esta frase la guardo para mí en lo más recóndito de mi ser, como un tesoro. No se la he repetido a nadie porque la maldad humana podría malinterpretarla. Yo conozco la esencia, la esencia es ésta:

–Te rogamos que por una vez más abandones nuestro reino divino en las alturas. Vuelve por favor con los mortales que aún te necesitan.

Ella siempre ha sido algo brutal en sus conminaciones pero nadie puede ignorar su inmensísimo caudal de dulzura. Ella es el panal y yo la abeja que el panal construye, que del panal se nutre, se multiplica en el panal y lo destroza. Por lo tanto atendí grácilmente su pedido, bajé y me volví a hacer hombre. Dejé de ser dios por otro rato. Los tambores callaron y se disipó el humo. La avioneta –una vez entregada su preciosa carga– volvió a buscarme para devolverme a mi lado habitual de la frontera.

–Disculpe, señor, hemos tenido un breve enfrentamiento con los miserables de acá. Cada tanto nos atacan para hacer ver a su gente que no están con nosotros. No ha habido bajas, claro, pero como puede apreciar con el tiroteo nos reventaron un vidrio. Vamos a tener que volar bajito. Le ruego me disculpe, señor.

–Está bien así. Es lo que corresponde, por ahora.

CAPITAL. DÍA

–Ese hombre ha vuelto a las andanzas. Creo que esta vez vamos a tener que eliminarlo.

–¿Se trata de una orden, mi general, señor Presidente, o de una expresión de deseo?

–Me temo que se trate de lo último. Hasta que no sepamos dónde ocultó esos documentos no lo vamos a poder tocar. Pero dupliquémosle la vigilancia. Me enteré de que una vez más cruzó la frontera y tuvo una entrevista secreta. Además, el Cessna en el que viajó –que iba con la carga– fue baleado.

–¿Usted cree, mi general, que les está entregando información a nuestros vecinos?

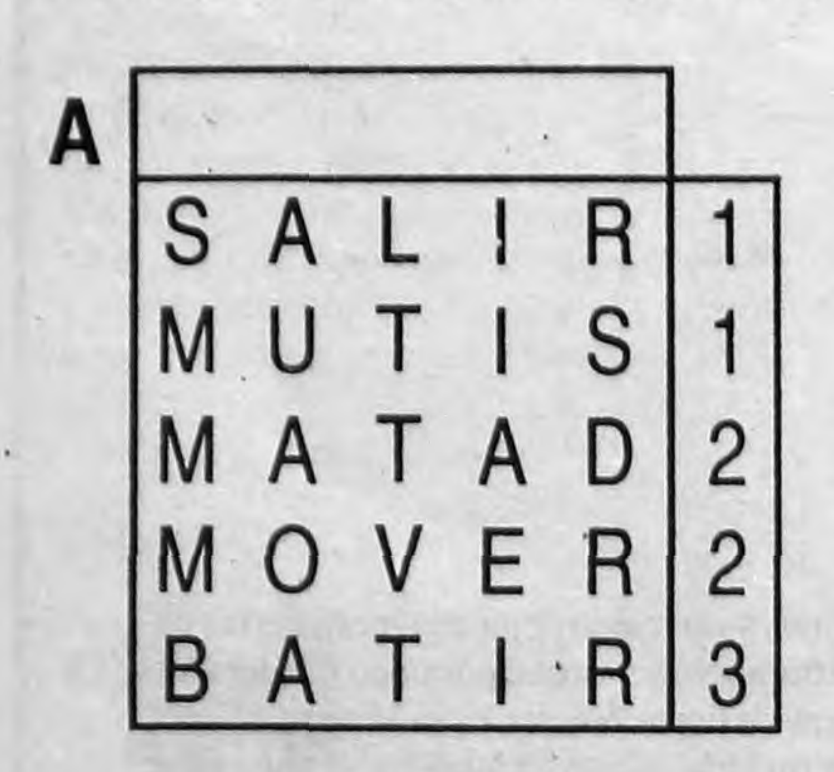
–No, imposible que tenga más información de la que nos dignamos darle. Pero igual es peligroso.

–¿Para el país?

–No. Para nosotros. ■

Palabra oculta

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

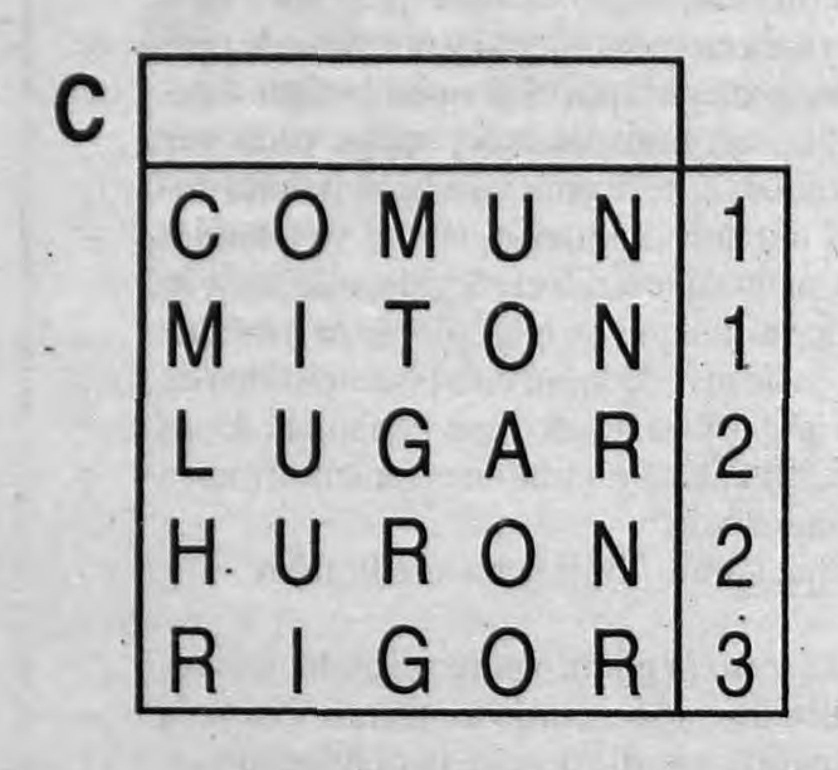


A

SALIR	1
MUTIS	1
MATAD	2
MOVER	2
BATIR	3

B

BISEL	1
REZAR	1
BAZAR	2
LUXOR	2
TAZON	3

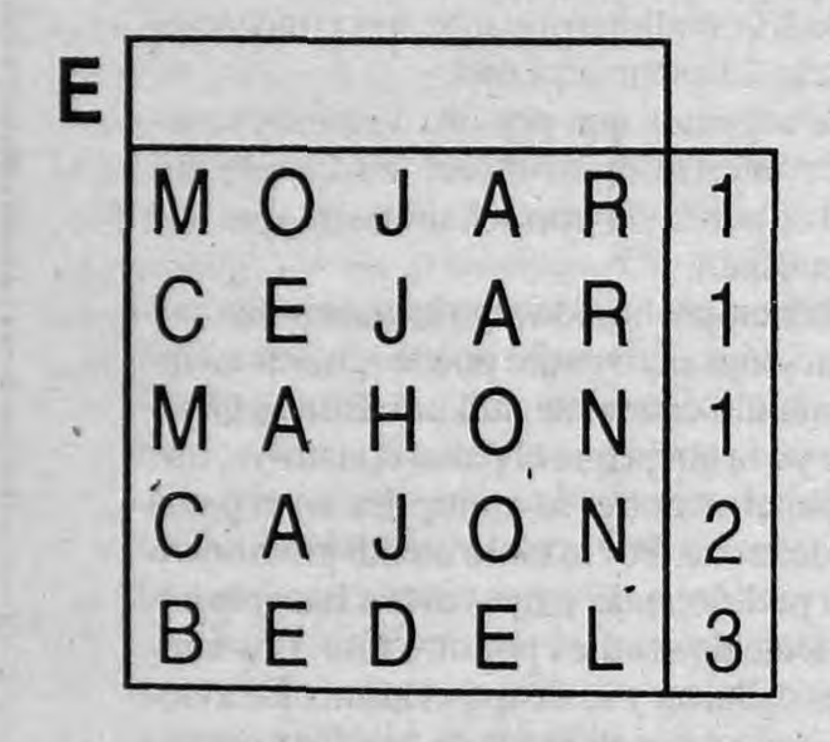


C

COMUN	1
MITON	1
LUGAR	2
HURON	2
RIGOR	3

D

SABER	1
MIRAR	1
MIDAN	2
TODOS	2
TOTEM	3



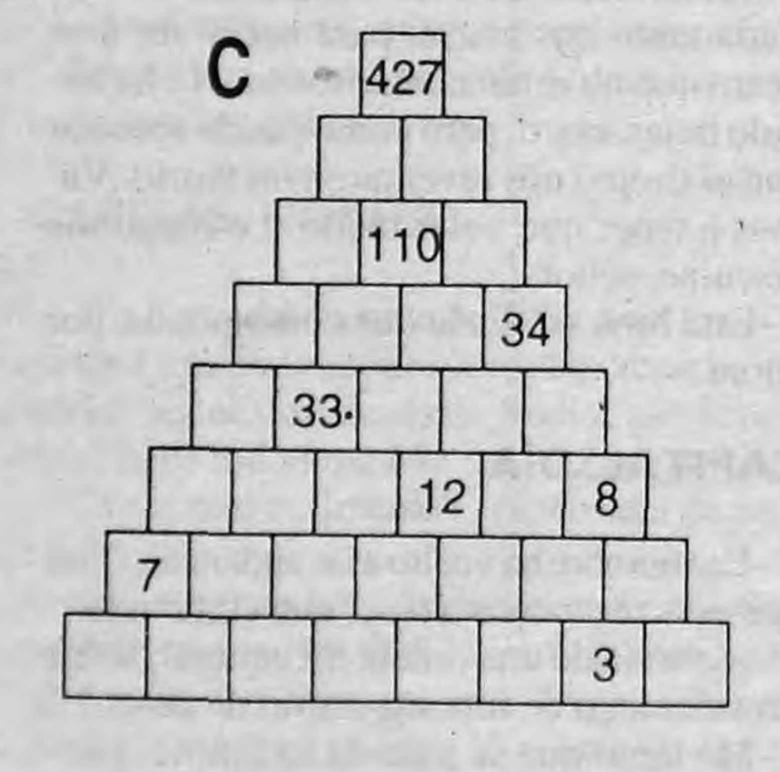
E

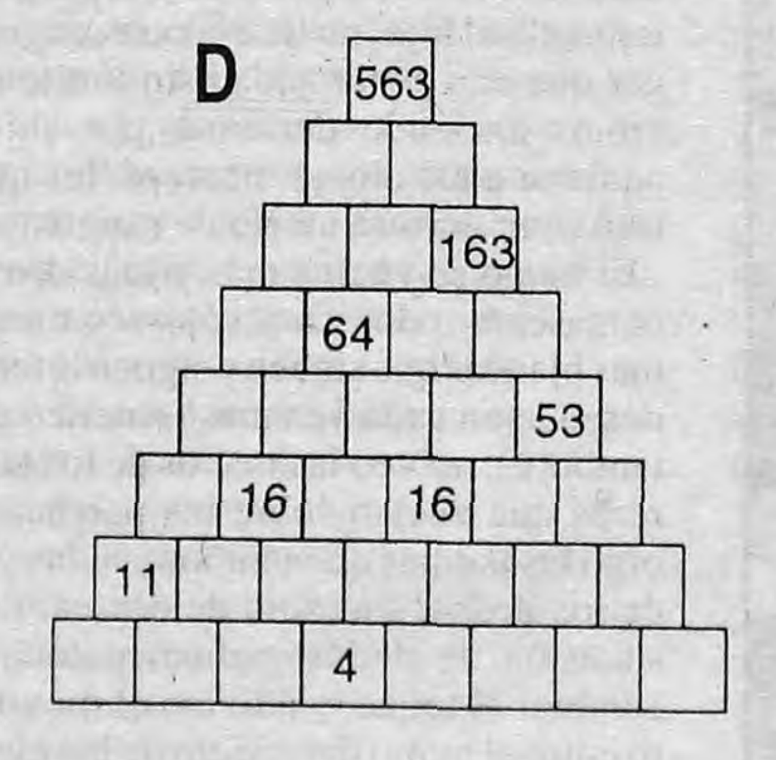
MOJAR	1
CEJAR	1
MAHON	1
CAJON	2
BEDEL	3

F

A	1
B	1
C	2
D	2
E	2

Escaleras



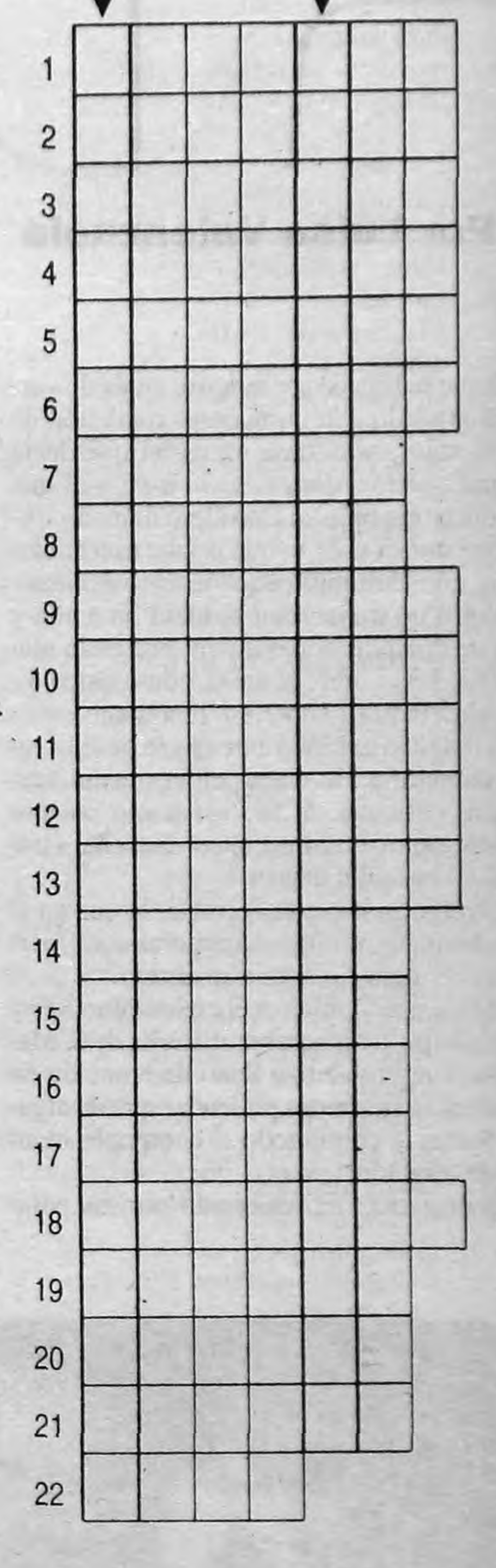


Grilla enigmática

En las definiciones de esta grilla encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. Si los **humos ya** se disiparon, escapemos.
2. **A más de** esto o de aquello.
3. Pronombre y pura para la madre de Edipo.
4. **Quique** N. encendió esta lámpara.
5. País americano con muchas "U".
6. Tú vas a **negarte** mientras él da.
7. **Chico o** grande, el perro tiene nariz.
8. **Sor Ida** riega los campos estériles.
9. **Os calló** con algo enorme.
10. Pronuncia **vocales** el sometido.
11. **Se mira** a la floja.
12. **Dan cosa** al fatigado.
13. No **freno de** injuriar.
14. ¿Por qué razón no sacas esa molesta planta de ajonjolí?
15. Imitad al ideal caudillo guerrero.
16. Es **grueso** y firme
17. Sigue tu ruta, Ubaldo y verás a esta lechuza.
18. No **tiemble** ante lo que da miedo.
19. **Lían su** ropa y van a la isla.
20. Celébrelo casi con cierto perro.
21. **Se casó** con poco.
22. Afirma y niega en el destino.



SILABAS

a, a, á, ble, brel, ca, can, cas, ci, cla, co, co, da, de, der, do, dos, en, es, es, fen, ga, gu, guay, ho, hu, ín, la, le, lid, lo, más, mi, mi, mo, mos, no, o, qué, quin, re, ri, ro, ru, ru, sa, sa, sa, sal, se, sé, si, so, su, ta, ta, te, tre, u, U, ú, vo, ya, Yo.

Soluciones

Palabra oculta

A. Botar. B. Buzón. C. Rumor. D. Modem. E. Bajel. F. Mujer.

Grilla enigmática

1. Huyamos. 2. Además. 3. Yocasta. 4. Quinqué. 5. Uruguay. 3. Entrega. 7. Hocico. 8. Aridos. 9. Colosal. 10. Esclavo. 11. Remisa. 12. Cansado. 13. Ofender. 14. Sésamo. 15. Adalid. 16. Seguro. 17. Urutaú. 18. Temble. 19. Insula. 20. Lebrel. 21. Escaso. 22. Sino.
"Hay que hacer cosas útiles, más que cosas admirables." San Agustín

Escaleras

